

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

HIJAS DE DIOS



ELENA G. de WHITE

Hijas de Dios

Mensajes especiales para la mujer

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Al lector

Clave de abreviaturas

1 - El Señor llama a las mujeres a su servicio

2 - Mujeres notables del Antiguo Testamento

3 - Mujeres notables del Nuevo Testamento

4 - El estudio de la Biblia y la oración son esenciales

5 - La mujer en la enseñanza

6 - La mujer en la medicina

7 - El lugar de la mujer en la ganancia de almas

8 - “El obrero es digno de su salario”

9 - El ministerio en el vecindario

10 - La obra de temperancia

11 - “Id por todo el mundo”

12 - El respeto propio

13 - La influencia de la mujer cristiana

14 - La modestia de la mujer cristiana

15 - El equilibrio en la vida

16 - Salud, ejercicio y vida saludable

17 - Matrimonio, hogar y familia

18 - La maternidad

19 - La paternidad

20 - Los deberes prácticos de la vida

21 - Cuando llega la aflicción

22 - De mujer a mujer

Apéndice A

Apéndice B

Apéndice C

Apéndice D

Apéndice E

Hijas de Dios

Elena G. de White

Título del original: *Daughters of God*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A.

Dirección editorial: Aldo D. Orrego

Traducción: Juan Carlos Viera

Diseño del interior: Giannina Osorio

Diseño de tapa: Ivonne Leichner

Ilustración de tapa: Shutterstock

Primera edición, e - Book

MMXX

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad. © Pacific Press® Publishing Association (1999). Todos los derechos reservados. Esta edición es publicada con permiso de los dueños del Copyright.

© Asociación Casa Editora Sudamericana (2009).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-143-8

White, Elena. G. de

Hijas de Dios / Elena G. de White. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: online

Traducción de: Juan Carlos Viera.

ISBN 978-987-798-143-8

1. Cristianismo. I. Viera, Juan Carlos, trad. II. Título.

CDD 248.4

Publicado el 16 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Todas las que trabajan para Dios deben reunir los atributos de Marta y los de María: una disposición a servir y un sincero amor a la verdad. El yo y el egoísmo deben ser eliminados de la vida. Dios pide obreras fervientes, que sean prudentes, cordiales, tiernas y fieles a los buenos principios. Llama a mujeres perseverantes, que aparten su atención del yo y la conveniencia personal, y la concentren en Cristo, hablando palabras de verdad, orando con las personas a las cuales tienen acceso, trabajando por la conversión de las almas

(JT 2:405).

Al lector

En la segunda mitad del siglo XIX algunas iglesias protestantes comenzaron a dar mayores responsabilidades de liderazgo a la mujer. Esto también ocurrió en la Iglesia Adventista del Séptimo Día. De los primeros 10 tesoreros de la Asociación General (1863-1883), tres fueron mujeres. De los doce redactores de la revista *The Youth's Instructor* [El Instructor de la Juventud] que sirvieron entre 1852 y 1899, nueve fueron mujeres. Flora Plummer dirigió el Departamento de Escuela Sabática de la Asociación General por 23 años. Entre 1878 y 1910 la Iglesia Adventista concedió más de 30 credenciales a mujeres predicadoras.

Elena de White frecuentemente hizo mención al hecho de que “el Señor tiene una obra tanto para las mujeres como para los hombres... ellas pueden llegar al corazón de aquellas personas que los hombres no pueden alcanzar” (*RH*, 26 de agosto de 1902).

Esta compilación dedicada a la mujer en la obra de Dios reúne gran parte de los consejos dados por Elena de White sobre este tema. También incluye capítulos sobre la estima propia y el equilibrio en todos los aspectos de la vida. Algunos de estos consejos fueron dirigidos originalmente a los hombres, pero se aplican igualmente a las mujeres. En la sociedad actual llena de presiones, muchas mujeres deben salir a ganar su salario, y muchas madres a cargo de sus hijos deben buscar la forma de proveer para su familia. El contenido de estos capítulos les ayudará a restaurar y mantener su sentido de dignidad, y a saber que son importantes y valiosas a la vista de Dios.

Algunas de las declaraciones que se encuentran en este libro deben ser entendidas a la luz del contexto cultural y

social del tiempo en que fueron escritas. “Acerca de los testimonios, nada es ignorado, nada es puesto a un lado. Sin embargo, deben tomarse en cuenta el tiempo y el lugar” (MS 1:65). Para ayudar al lector, hemos tratado de proveer el contexto para entender las declaraciones plenamente. También hemos incluido la fecha de la publicación, o la fecha original en que fue escrita si se trata de una compilación posterior a la muerte de Elena de White. El año mencionado entre paréntesis se refiere a la fecha de publicación en inglés. En unos pocos casos hemos citado una fuente posterior debido a la falta de la publicación original, pero hemos incluido la fecha de esta última. Los subtítulos a través de todo el libro fueron provistos por los compiladores.

Hijas de Dios es un libro publicado con el objetivo de animar, inspirar y reafirmar a cada mujer alrededor del mundo. Incluye consejos que despiertan en toda mujer el deseo de luchar por los más elevados ideales en todas las áreas de la vida, tanto en el aspecto personal como en el profesional. Cada mujer es de inestimable valor a la vista de nuestro Padre celestial. Dios creó a la mujer junto al hombre, de igual valor, y asociada con él para el cumplimiento de la misión encomendada a los humanos. El Padre dio a su Hijo único para que muriera por toda la raza humana: individual y colectivamente, por hombres y mujeres.

Es nuestro deseo que los miembros de iglesia alrededor del mundo obtengan una nueva visión y muchas bendiciones con la lectura de este libro. Dios necesita los talentos de todos los que integran su pueblo para terminar su obra en esta Tierra.

Fideicomisarios de la

CORPORACIÓN ELENA G. DE WHITE

Clave de abreviaturas

AFC: A fin de conocerle (1965; meditación matinal)

AUCR: Australasian Union Conference Recorder

AUG: Atlantic Union Gleaner

CBA: Comentario bíblico adventista, ts. 1-7 (*CBA 1:*, *CBA 2:*, etc.)

CC: El camino a Cristo

CDCD: Cada día con Dios (1980; meditación matinal)

CM: Consejos para los maestros, padres y alumnos

CN: Conducción del niño

CSS: Consejos sobre la salud

DTG: El Deseado de todas las gentes

EC: La educación cristiana

ECFP: La edificación del carácter y la formación de la personalidad

Ed: La educación

Ev: El evangelismo

FE: Fundamentals of Christian Education

GCB: General Conference Bulletin

HAp: Los hechos de los apóstoles

HC: El hogar cristiano

HR: The Health Reformer

JT: Joyas de los testimonios, ts. 1-3 (*JT 1:*, *JT 2:*, etc.)

KC: The Kress Collection

LLM: Loma Linda Messages

LS: Life Sketches of Ellen G. White

1888M: The Ellen G. White 1888 Materials

MB: El ministerio de la bondad

MC: El ministerio de curación

MCP: Mente, carácter y personalidad, t 2 (*MCP 2:*)

MM: El ministerio médico

MPu: El ministerio de las publicaciones

MR: Manuscript Releases, ts. 1-21 (*MR 1:*, *MR 2:*, etc.)

MS: Mensajes selectos, ts. 1-3 (*MS 1:*, *MS 2:*, etc.)

OE: Obreros evangélicos

PE: Primeros escritos

PP: Patriarcas y profetas

PR: Profetas y reyes

PUR: Pacific Union Recorder

PVGM: Palabras de vida del gran Maestro

RH: The Review and Herald

SAT: Sermons and Talks, t. 2 (*SAT 2:*)

SG: Spiritual Gifts, ts. 1-4 (*SG 1:*, *SG 2:*, etc.)

SP: Spirit of Prophecy, ts. 1-4 (*SP 1:*, *SP 2:*, etc.)

SpT "B": Special Testimonies, Series "B"

SSW: The Sabbath School Worker

ST: The Signs of the Times

T: Testimonies for the Church, ts. 1-9 (*T 1:*, *T 2:*, etc.)

TCS: Testimonios acerca de conducta sexual, adulterio y divorcio

Te: La temperancia

VJ: Vida de Jesús (versión *La única esperanza*)

YI: The Youth's Instructor

Capítulo 1

El Señor llama a las mujeres a su servicio

En las variadas ramas de la causa de Dios hay un amplio campo en el cual nuestras hermanas pueden rendir un buen servicio para el Maestro... Entre las nobles mujeres que tuvieron el valor moral de decidirse en favor de la verdad para este tiempo se encuentran muchas que tienen tacto, percepción y habilidad, y que pueden llegar a ser obreras de éxito. Se necesitan las labores de tales mujeres cristianas.- Ev 341.

Las mujeres como obreras cristianas

El que murió para redimir al hombre de la muerte ama con amor divino y dice a sus seguidores: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Juan 15:12). Cristo, con sus acciones, mostró su amor por la raza caída.

El verdadero hijo de Dios será semejante a Cristo. En la medida que crezca en el conocimiento de la verdad y sea santificado por ella, se parecerá más y más a Jesús, y estará más deseoso de salvar a las almas que él compró con su sangre.

Algunos pueden hacer más que otros, pero todos pueden hacer algo. Las mujeres no debieran sentir que están excusadas debido a sus labores domésticas. Con inteligencia debieran descubrir cómo trabajar metódicamente y lograr el éxito en traer almas a Cristo. Si

todos comprendieran la importancia de hacer lo máximo posible en la obra de Dios; si todos sintieran un profundo amor por las almas que los llevase a sentir una carga por ellas, centenares de los que hasta aquí han sido débiles y desinteresados, y que han realizado muy poco o nada, se transformarían en obreros activos.

En muchos casos, la necesidad del mundo ha obstruido los canales del alma. El egoísmo ha controlado la mente y torcido el carácter. Pero si la vida se escondiera con Cristo en Dios, el servirlo no sería una labor fatigante. Si los corazones fueran plenamente consagrados a Dios, todos encontrarían algo que hacer y desearían tener una parte en su obra. Sembrarían junto a todas las aguas, orando y creyendo que el fruto llegará. Los obreros prácticos, temerosos de Dios, crecerán constantemente y rogarán con fe para obtener mayor gracia y sabiduría celestial que los capacite para hacer el trabajo con alegría y mente dispuesta. Buscarán los divinos rayos de luz que les permitan iluminar el camino de los demás.

Aquellos que son colaboradores con Dios no participarán en actividades meramente por diversión. No estarán buscando su propio gozo y felicidad. Al entrar en el servicio del Maestro en el temor de Dios, obtendrán la felicidad más sustancial. Conectados con Cristo, serán sabios para la salvación; serán árboles que dan fruto; desarrollarán una vida sin mancha, un carácter hermoso. La gran obra de la redención será su suprema consideración. La comida, la bebida y el vestido; las casas y tierras, serán de interés secundario. La paz de Dios trabajará interiormente para arrancar las ramas retorcidas y deterioradas del egoísmo, la vanidad, el orgullo y la indolencia. La fe unida a la acción es lo que constituye la vida del cristiano. No alcanza con profesar a Cristo y tener nuestros nombres en el libro de la

iglesia. Debiéramos ser obreros para Cristo y, por nuestro esfuerzo personal, mostrar que estamos conectados con él.

Las mujeres cristianas están llamadas a servirlo. Hay un amplio campo de acción en el cual pueden ofrecer su servicio al Maestro. Entre las nobles mujeres que tuvieron el valor moral de decidirse en favor de la verdad por el peso de la evidencia, se encuentran muchas que tienen el tacto, la percepción y la habilidad para llegar a ser obreras de éxito. Hay tareas que se han dejado de lado, o se han hecho imperfectamente, que podrían ser cumplidas mediante su servicio. Pueden llegar a ciertas clases que los ministros no pueden alcanzar. Hay cargos en la iglesia y en muchas ramas de la obra que ellas podrían cumplir aceptablemente si fueran instruidas adecuadamente.

Las mujeres pueden brindar un buen servicio en el campo misionero, escribiendo a sus amigos para conocer sus verdaderos sentimientos con relación a la causa de Dios. Muchos elementos valiosos serán traídos a la luz por este medio. Las obreras no deberían buscar la exaltación propia, sino la presentación de la verdad en forma simple cada vez que tengan la oportunidad de hacerlo. El dinero que ha sido gastado en adornos y ornamentos innecesarios, debiera haber sido dedicado a la causa de Dios para traer la luz de la verdad a aquellos que están en las tinieblas del error. Las almas salvadas mediante esos medios serán más preciosas que cualquier vestido costoso y a la moda. El vestido blanco y las joyas en la corona que Cristo les dará como recompensa por sus dedicados trabajos en la salvación de las almas, serán más valiosos que los adornos innecesarios. Las estrellas de su corona brillarán para siempre y pagarán mil veces el sacrificio y el renunciamiento que han manifestado por la causa de Dios.

Se necesitan mujeres de principios firmes y carácter decidido; mujeres que en verdad creen que estamos viviendo en los últimos días y que tenemos un mensaje solemne de amonestación para dar al mundo; mujeres dispuestas a comprometerse en la importante tarea de esparcir los rayos de luz que el cielo ha derramado sobre ellas. Cuando el amor de Dios y su verdad sean un principio permanente en sus vidas, no permitirán que nada pueda distraerlas o desanimarlas de su obra. En el temor de Dios, no serán apartadas de las labores en su causa por la tentación de actividades o situaciones más lucrativas o atractivas. Preservarán su integridad a cualquier costo. Estas mujeres representarán correctamente la religión de Cristo, y sus palabras serán como manzanas de oro con figuras de plata. Las tales pueden hacer un precioso trabajo para Dios en muchas formas. Él las llama a ir al campo y cosechar las gavillas.

La mujer cristiana inteligente puede usar sus talentos para alcanzar los más altos ideales. Por su actitud de renunciamiento y por su voluntad de trabajar al máximo de su habilidad, mostrará que cree en la verdad y ha sido santificada por ella. Muchas mujeres necesitan esta clase de tarea para mostrar su potencial. Las que son esposas y madres no deben descuidar a sus esposos y a sus hijos, pero pueden hacer mucho sin dejar de lado sus labores domésticas. Y hay muchas que no tienen estas responsabilidades.

¿Quién puede tener un amor más profundo por las almas de hombres y mujeres por quienes Cristo murió que aquellos que son participantes de su gracia? ¿Quién puede representar mejor la religión de Cristo que las mujeres cristianas que están trabajando fervorosamente para traer almas a la luz de la verdad? ¿Quién está mejor adaptado para la obra de la Escuela Sabática? La verdadera madre es

también la verdadera maestra de sus hijos. Si con un corazón imbuido con el amor de Cristo ella enseña a los niños de su clase infantil y ora con ellos y por ellos, los verá convertirse y unirse al rebaño de Cristo. No recomiendo que la mujer busque posiciones políticas o el voto.¹ Sin embargo, como una misionera, al enseñar la verdad por correspondencia, al distribuir material de lectura, o al conversar con las familias y orar con las madres y sus hijos, puede hacer mucho y llegar a ser una bendición.

El Señor de la viña está diciendo a muchas mujeres que no están haciendo nada: “¿Por qué estáis todo el día ociosas?” Las mujeres pueden ser instrumentos de justicia y rendir un servicio sagrado. María fue la primera en anunciar a Jesús resucitado, y se necesita la influencia refinadora y suavizante de las mujeres cristianas en la gran obra de predicar la verdad para este tiempo. Si hubiera veinte mujeres donde ahora hay sólo una, que hicieran de la salvación de las almas su más deseada tarea, veríamos muchos convertidos a la verdad. Un trabajo celoso y diligente en la causa de Dios será plenamente exitoso y asombrará por los resultados. Esta obra, que manifestará una real devoción a Dios, debe ser cumplida con paciencia y perseverancia. Dios quiere ver hechos, no sólo palabras.

La obra de Dios merece nuestros mayores esfuerzos. En cumplimiento del plan divino, el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Les enseñó a los perdidos y errantes a quienes había venido a salvar, y oró fervorosamente a su Padre en su favor. Esta es la clase de trabajo a la que deberíamos consagrarnos. Si el Hijo de Dios, el Creador de los mundos no consideró indigna esta tarea, ¿acaso sus seguidores deberían considerarla demasiado humillante o abnegada? De ninguna manera. No importa cuán altas sean las aspiraciones de una persona, no

hay llamamiento más alto, más sagrado y más ennobecedor que ser un colaborador con el Hijo de Dios.

A menudo estamos tan inmersos en nuestros propios intereses, que nuestros corazones no ven las necesidades de la humanidad; carecemos en cuanto a actos de simpatía y benevolencia en el ministerio sagrado y social en favor del necesitado, el oprimido y el sufriente. Se necesitan mujeres que no sean altaneras sino de maneras suaves y gentiles, de corazón compasivo, que puedan trabajar con la mansedumbre de Cristo doquiera se las necesite, para la salvación de las almas. Todos aquellos que hemos sido hechos participantes de los beneficios celestiales, debiéramos estar fervientemente ansiosos por compartir las evidencias de la verdad con aquellos que no tienen los privilegios que nosotros gozamos. Y no solamente desear que ellos tengan ese beneficio, sino hacer nuestra parte para que lo logren.

Aquellos que lleguen a ser colaboradores con Dios, crecerán en poder moral y espiritual. En cambio, aquellos que dediquen su tiempo y energías a servirse a sí mismos se marchitarán, empequeñecerán y morirán. Todos, las mujeres cristianas, los jóvenes, los adultos y los ancianos, pueden tener una parte en la obra de Dios para este tiempo. Y al participar en esta obra en la medida en que las oportunidades se presenten, obtendrán una experiencia del más alto valor para sí mismos. Al olvidarse del yo, crecerán en la gracia. Al entrenar la mente en esta dirección, aprenderán a llevar cargas para Jesús, y comprenderán mejor la bendición del servicio. Y muy pronto vendrá el tiempo cuando “los que sembraron con lágrimas con regocijo segarán” (Sal. 126:5).—*ST*, 16 de septiembre de 1886.

El Señor tiene una obra para las mujeres así como para los hombres. Ellas pueden ocupar sus lugares en la obra del Señor en esta crisis, y él puede obrar por su medio. Si están imbuidas del sentido de su deber, y trabajan bajo la influencia del Espíritu Santo, tendrán justamente el dominio propio que se necesita para este tiempo. El Señor reflejará la luz de su rostro sobre estas mujeres abnegadas, y les dará un poder que exceda al de los hombres. Pueden hacer en el seno de las familias una obra que los hombres no pueden realizar, una obra que alcanza hasta la vida íntima. Pueden llegar cerca de los corazones de las personas a quienes los hombres no pueden alcanzar. Se necesita su trabajo.-*RH*, 26 de agosto de 1902.

Escuchamos mucho acerca de la educación de las mujeres y es un asunto que merece cuidadosa atención. La más alta educación para la mujer está en cultivar plenamente todos sus talentos y poderes. El corazón, el espíritu y la mente, tanto como la parte física, deben ser adecuadamente desarrollados. Hay muchas que no se han cultivado mentalmente ni en sus modales. Otras están llenas de afectación y pareciera que su único blanco en la vida fuese aparentar. Cuando vemos este estado de cosas, no podemos menos que susurrar una oración pidiendo a Dios que bendiga este mundo con mujeres que hayan desarrollado su mente y carácter como debieran; mujeres que tengan una verdadera comprensión de la responsabilidad que les fue dada por Dios.-*ST*, 23 de marzo de 1891.

Si aquellos que tienen gran luz no responden a la invitación de ser colaboradores con Dios, entonces el Señor utilizará a quienes han tenido menos luz y más escasas oportunidades. Aquellos que se ocupan de su salvación con temor y temblor, comprenderán que es Dios quien obra en ellos para hacer su voluntad. Debiera haber miles que

despierten y con pleno fervor entren en la obra de Dios para brillar como luces resplandecientes. Debiera haber miles que conozcan el tiempo en que estamos viviendo, y que no necesiten ser urgidos a trabajar sino que, constreñidos por el poder de Dios, se dediquen a difundir la luz y a presentar a otros la verdad que está claramente revelada en la Palabra de Dios. No hay tiempo que perder.

Hombres y mujeres debieran estar ministrando en comunidades lejanas que aún no tienen la luz. Una vez que se haya despertado el interés, debieran encontrar al predicador que esté capacitado para la presentación de la verdad y calificado para instruir a las familias en la Palabra de Dios. Las mujeres que mantienen la causa de Dios en el corazón pueden hacer un buen trabajo en el área donde residen. Cristo habla de mujeres que lo ayudaron a presentar la verdad a otros. Pablo también menciona mujeres que trabajaron con él en la predicación del evangelio. Pero ¡cuán limitada es la labor de aquellos que podrían hacer un gran trabajo si quisieran! Hay familias que tienen medios que podrían usar para la gloria de Dios yéndose a tierras distantes, para dejar brillar su luz mediante buenas obras hacia aquellos que necesitan ayuda. ¿No habrá hombres y mujeres que, siguiendo el ejemplo de Cristo, se consagren al trabajo misionero?—*RH*, 21 de julio de 1896.

¹ En Estados Unidos de Norteamérica la mujer no tenía derecho a votar hasta el año 1920. Cuando esto fue escrito ya existía un movimiento para cambiar ese impedimento.

Capítulo 2

Mujeres notables del Antiguo Testamento

Un estudio de la obra de las mujeres con relación a la causa de Dios en tiempos del Antiguo Testamento nos enseñará lecciones que nos capacitarán para enfrentar las emergencias en nuestros días. Quizá no confrontemos una situación tan crítica ni seamos colocadas en un lugar tan prominente como le ocurrió al pueblo de Dios en los días de Ester. Sin embargo, muchas mujeres convertidas pueden realizar cosas importantes desde posiciones más humildes. Muchas lo han hecho, y aún están listas para hacerlo.-SpT "B", N° 15, pág. 2.

Eva, madre de todos

(Basado en Génesis 1-3)

“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:6, 9). “Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida” (Sal. 104:5).

Cuando salió de las manos del Creador, la tierra era sumamente hermosa... La hueste angélica presenció la escena con deleite, y se regocijó en las maravillosas obras de Dios.

Una vez creada la tierra con su abundante vida vegetal y animal, fue introducido en el escenario el hombre, corona

de la creación para quien la hermosa tierra había sido aparejada. A él se le dio dominio sobre todo lo que sus ojos pudiesen mirar; pues “dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree... en toda la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen... varón y hembra los creó” (Gén. 1:26, 27).

Aquí se expone con claridad el origen de la raza humana; y el relato divino está tan claramente narrado que no da lugar a conclusiones erróneas. Dios creó al hombre a su propia imagen. No hay en esto misterio. No existe fundamento alguno para la suposición de que el hombre llegó a existir mediante un lento proceso evolutivo de las formas bajas de la vida animal o vegetal. Tales enseñanzas rebajan la obra sublime del Creador al nivel de las mezquinas y terrenales concepciones humanas. Los hombres están tan resueltos a excluir a Dios de la soberanía del universo que rebajan al hombre y lo privan de la dignidad de su origen. El que colocó los mundos estrellados en la altura y coloreó con delicada maestría las flores del campo, el que llenó la tierra y los cielos con las maravillas de su potencia, cuando quiso coronar su gloriosa obra, colocando a alguien para regir la hermosa tierra, supo crear un ser digno de las manos que le dieron vida. La genealogía de nuestra raza, como ha sido revelada, no hace remontar su origen a una serie de gérmenes, moluscos o cuadrúpedos, sino al gran Creador. Aunque Adán fue formado del polvo, era el “hijo de Dios” (Luc. 3:38)...

El hombre había de llevar la imagen de Dios, tanto en la semejanza exterior, como en el carácter... Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad de su Padre.

Cuando el hombre salió de las manos de su Creador, era de elevada estatura y perfecta simetría. Su semblante

llevaba el tinte rosado de la salud y brillaba con la luz y el regocijo de la vida. La estatura de Adán era mucho mayor que la de los hombres que habitan la tierra en la actualidad. Eva era algo más baja de estatura que Adán; no obstante, su forma era noble y plena de belleza. La inmaculada pareja no llevaba vestiduras artificiales. Estaban rodeados de una envoltura de luz y gloria, como la que rodea a los ángeles. Mientras vivieron obedeciendo a Dios, este atavío de luz continuó revistiéndolos...

Dios mismo dio a Adán una compañera. Lo proveyó de una “ayuda idónea para él”, alguien que realmente le correspondía, una persona digna y apropiada para ser su compañera y que podría ser una sola cosa con él en amor y simpatía. Eva fue creada de una costilla tomada del costado de Adán; este hecho significa que ella no debía dominarlo como cabeza, ni tampoco debía ser humillada y hollada bajo sus plantas como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual, para ser amada y protegida por él. Siendo parte del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, era ella su segundo yo; y quedaba en evidencia la unión íntima y afectuosa que debía existir en esa relación. “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida”. “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Efe. 5:29; Gén. 2:24)...

La creación estaba ahora completa. “Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos”. “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gén. 2:1; 1:31). El Edén florecía en la tierra. Adán y Eva tenían libre acceso al árbol de la vida. Ninguna mácula de pecado o sombra de muerte desfiguraba la hermosa creación. “Alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios” (Job 38:7)...

Nuestros primeros padres, a pesar de que fueron creados inocentes y santos, no fueron colocados fuera del alcance del pecado. Dios los hizo entes morales libres, capaces de apreciar y comprender la sabiduría y benevolencia de su carácter y la justicia de sus exigencias, y les dejó plena libertad para prestarle o negarle obediencia. Debían gozar de la comunión de Dios y de los santos ángeles; pero antes de darles seguridad eterna, era menester que su lealtad se pusiese a prueba...

Mientras permaneciesen leales a Dios, Adán y su compañera iban a ser los señores de la tierra. Recibieron dominio ilimitado sobre toda criatura viviente. El león y la oveja retozaban pacíficamente a su alrededor o se echaban junto a sus pies. Los felices pajarillos revoloteaban alrededor de ellos sin temor alguno; y cuando sus alegres trinos ascendían alabando a su Creador, Adán y Eva se unían a ellos en acción de gracias al Padre y al Hijo...

Los ángeles habían prevenido a Eva que tuviese cuidado de no separarse de su esposo mientras este estaba ocupado en su trabajo cotidiano en el huerto; estando con él correría menos peligro de caer en la tentación que estando sola. Pero distraída en sus agradables labores, inconscientemente se alejó del lado de su esposo... muy pronto se encontró extasiada, mirando con curiosidad y admiración el árbol prohibido. El fruto era bello, y se preguntaba por qué Dios se lo había vedado. Esta fue la oportunidad de Satanás. Como discerniendo sus pensamientos, se dirigió a ella diciendo: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Gén. 3:1).

...El tentador afirmó que jamás llegaría a cumplirse la divina advertencia; que les fue hecha meramente para intimidarlos...

Eva creyó realmente las palabras de Satanás, pero esta creencia no la salvó de la pena del pecado. No creyó en las palabras de Dios, y esto la condujo a su caída. En el juicio final, los hombres no serán condenados porque creyeron concienzudamente una mentira, sino porque no creyeron la verdad, porque descuidaron la oportunidad de aprender la verdad...

Eva... vio “que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió” (Gén. 3:6). Era agradable al paladar y, a medida que comía, parecía sentir una fuerza vivificante, y se figuró que entraba en un estado más elevado de existencia. Sin temor tomó el fruto y lo comió.

Y ahora, habiendo pecado, ella se convirtió en el agente de Satanás para labrar la ruina de su esposo. Con extraña y anormal excitación, y con las manos llenas del fruto prohibido, lo buscó y le relató todo lo que había ocurrido.

Una expresión de tristeza cubrió el rostro de Adán. Quedó atónito y alarmado. A las palabras de Eva contestó que ése debía ser el enemigo contra quien se los había prevenido; y que conforme a la sentencia divina ella debía morir. En contestación, Eva lo instó a comer, repitiendo el aserto de la serpiente de que no morirían. Alegó que las palabras de la serpiente debían ser ciertas puesto que no sentía ninguna evidencia del desagrado de Dios; sino que, al contrario, experimentaba una deliciosa y alborozante influencia, que conmovía todas sus facultades con una nueva vida, que le parecía semejante a la que inspiraba a los mensajeros celestiales.

Adán comprendió que su compañera había violado el mandamiento de Dios, menospreciando la única prohibición

que les había sido puesta como una prueba de su fidelidad y amor. Se desató una terrible lucha en su mente. Lamentó haber dejado a Eva separarse de su lado. Pero ahora el error estaba cometido; debía separarse de su compañía, que le había sido de tanto gozo. ¿Cómo podría hacer eso?...

Adán resolvió compartir la suerte de Eva; si ella debía morir, el moriría con ella. Al fin y al cabo, se dijo Adán, ¿no podrían ser verídicas las palabras de la sabia serpiente? Eva estaba ante él, tan bella y aparentemente tan inocente como antes de su desobediencia. Le expresaba mayor amor que antes. Ninguna señal de muerte se notaba en ella, y así decidió hacer frente a las consecuencias. Tomó el fruto y lo comió apresuradamente. -*PP* 24-40 (1890).

Si Adán y Eva no hubieran desobedecido a su Creador; si hubiesen permanecido en la senda de la perfecta rectitud, hubieran conocido y entendido a Dios. Pero cuando escucharon la voz del tentador y pecaron contra Dios, la luz de las vestiduras de inocencia celestial se separó de ellos. En su lugar, fueron rodeados del oscuro manto de la ignorancia de Dios. La luz clara y perfecta que hasta entonces los había rodeado había iluminado cada cosa a la que ellos se acercaban; pero privados de esa luz celestial, los descendientes de Adán ya no pudieron percibir el carácter de Dios en sus obras creadas.-*RH*, 8 de noviembre de 1898.

Sara, esposa de Abraham, madre de naciones

(Basado en Génesis 11-23)

A Abraham se le dio la promesa, muy apreciada por la gente de aquel entonces, de que tendría numerosa posteridad y grandeza nacional: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás

bendición” (Gén. 12:2). Además, el heredero de la fe recibió la promesa que para él era la más preciosa de todas, a saber que de su linaje descendería el Redentor del mundo. “Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (vers. 3). Sin embargo, como condición primordial para su cumplimiento, su fe iba a ser probada; se le exigiría un sacrificio.

El mensaje de Dios a Abraham era: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Gén. 12:1). A fin de que Dios pudiese capacitarlo para su gran obra como depositario de los sagrados oráculos, Abraham debía separarse de los compañeros de su niñez. La influencia de sus parientes y amigos impediría la educación que el Señor intentaba dar a su siervo. Ahora que Abraham estaba, en forma especial, unido con el cielo, debía morar entre extraños. Su carácter debía ser peculiar, diferente del de todo el mundo. Ni siquiera podía explicar su manera de obrar para que la entendiesen sus amigos. Las cosas espirituales se discernen espiritualmente, y sus motivos y acciones no eran comprendidos por sus parientes idólatras. “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (Heb. 11:8)...

Además de Sara, la esposa de Abraham, sólo Lot, cuyo padre Harán había fallecido hacía mucho tiempo, escogió participar de la vida de peregrinaje del patriarca...

Durante su estada en Egipto, Abraham dio evidencias de no estar libre de la imperfección y la debilidad humanas. Al ocultar el hecho de que Sara era su esposa, reveló desconfianza en el amparo divino, una falta de esa fe y ese valor elevadísimos tan noble y frecuentemente manifestados en su vida. Sara era una mujer “hermosa en gran manera” (Gén. 12:14), y Abraham no dudó que los

egipcios de piel oscura codiciarían a la hermosa extranjera y que, para conseguirla, no tendrían escrúpulos en matar a su esposo. Razonó que no mentía al presentar a Sara como su hermana; pues ella era hija de su padre, aunque no de su madre. Pero este ocultamiento de la verdadera relación que existía entre ellos era un engaño. Ningún desvío de la estricta integridad puede merecer la aprobación de Dios. A causa de la falta de fe de Abraham, Sara se vio en gran peligro. El rey de Egipto, habiendo oído hablar de su belleza, la hizo llevar a su palacio, pensando hacerla su esposa. Pero el Señor, en su gran misericordia, protegió a Sara, enviando plagas sobre la familia real. Por este medio supo el monarca la verdad del asunto, e indignado por el engaño de que había sido objeto, devolvió su esposa a Abraham reprendiéndole así: “¿Qué es esto que has hecho conmigo?... ¿Por qué dijiste: es mi hermana, poniéndome en ocasión de tomarla para mí por mujer? Ahora, pues, he aquí tu mujer; tómala, y vete” (Gén. 12:18, 19)...

Abraham volvió a Canaán “riquísimo en ganado, en plata y en oro” (Gén. 13:2). Lot aún estaba con él, y de nuevo llegaron a Betel, y establecieron su campamento junto al altar que habían erigido anteriormente...

En una visión nocturna, Abraham oyó otra vez la voz divina: “No temas Abram -fueron las palabras del Príncipe de los príncipes- yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (Gén. 15:1). Pero tenía el ánimo tan deprimido por los presentimientos que no pudo esta vez aceptar la promesa con absoluta confianza como lo había hecho antes. Rogó que se le diera una evidencia tangible de que la promesa sería cumplida. ¿Cómo iba a cumplirse la promesa del pacto, mientras se le negaba la dádiva de un hijo? “¿Qué me darás siendo así que ando sin hijo?... Y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa” (vers. 2, 3). Se proponía adoptar a su fiel siervo Eliezer

como hijo y heredero. Pero se le aseguró que un hijo propio había de ser su heredero. Entonces Dios lo llevó fuera de su tienda, y le dijo que mirara las innumerables estrellas que brillaban en el firmamento; y mientras lo hacía le fueron dirigidas las siguientes palabras: “Así será tu descendencia” (vers. 5). Y “creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Rom. 4:3)...

Abraham había aceptado sin hacer pregunta alguna la promesa de un hijo, pero no esperó a que Dios cumpliera su promesa en su oportunidad y a su manera. Fue permitida una tardanza para probar su fe en el poder de Dios, pero fracasó en la prueba. Pensando que era imposible que se le diera un hijo en su vejez, Sara sugirió como plan mediante el cual se cumpliría el propósito divino, que una de sus siervas fuese tomada por Abraham como esposa secundaria. La poligamia se había difundido tanto que había dejado de considerarse pecado; violaba, sin embargo, la ley de Dios y destruía la santidad y la paz de las relaciones familiares.

El casamiento de Abraham con Agar fue un mal, no sólo para su casa, sino también para las generaciones futuras...

Cuando Abraham tenía casi 100 años se le repitió la promesa de un hijo, y se le aseguró que el futuro heredero sería hijo de Sara. Pero Abraham todavía no comprendió la promesa. En seguida pensó en Ismael, aferrado a la creencia de que por medio de él se habían de cumplir los propósitos misericordiosos de Dios. En su afecto por su hijo exclamó: “Ojalá Ismael viva delante de ti”. Nuevamente se le dio la promesa en palabras inequívocas: “Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él” (Gén. 17:18, 19)...